

COLOQUIO CERVANTINO.
PICARESCA Y MODERNIDAD EN
DOS *NOVELAS EJEMPLARES* DE
MIGUEL CERVANTES

GUSTAVO BORDÓN TOLEDO
Universidad del Norte, Paraguay



Hace más de cuatro centurias se ha iniciado un diálogo (inconcluso aún) entre un ingenioso fabulador español y universal, y generaciones de lectores – hispanohablantes y que no lo son – a través de una obra versátil en géneros y temas: teatro, poesía, y por sobre todas las cosas, una novelística sin paralelo. La narrativa de Miguel de Cervantes Saavedra (1547 – 1616) puede tomarse, en efecto, como un coloquio permanente con nosotros (el lector) sobre los aspectos más diversos que atañen al trajinar humano, desde las particularidades locales de su tierra y de su tiempo hasta las sempiternas y universales cuestiones de la existencia. Aunque con frecuencia este héroe de Lepanto, nacido en Alcalá de Henares, nos tome el pelo, lo hace de un modo tan amable que como lectores no nos sentimos agredidos. Su crítica muchas veces ácida no llega a corroernos con su causticidad ni nos provoca rechazo. Su obra toda – y en particular sus *Novelas Ejemplares*, de las que hablaremos aquí – está poblada de tipos y situaciones que reflejan a tal punto el modo de ser de los suyos en su época, como el nuestro en el presente.

Cervantes conversa pues con el “*desocupado lector*” (1),

acaso para sacudir su modorra acrítica, para sacarlo de su comodidad de receptor pasivo (de *lector hembra*, como diría alguna vez Cortázar (2) y lo invita a superar su molicie intelectual. La tan mentada participación del lector en el hecho comunicativo de la literatura no es exclusiva ni original del siglo XX. Lo implementaba ya nada menos que el fundador de la novelística moderna. Y lo hacía con una carga de humor muchas veces mimética, disfrazada y a menudo abundante en sarcasmos. Tal es la sutileza de su pluma, que cuando habla en serio no se nota, y cuando se burla no duele.

Al decir de Víctor Hugo, citado por el erudito español Martín Alonso, “Cervantes es un burlón fino, acerado, cortés, casi galante, y correría quizá el riesgo de empequeñecerse en todas estas coqueterías si no poseyera el fino instinto poético del Renacimiento”. (3) No lejos de la afirmación del poeta y novelista del romanticismo francés se sitúa la del hispanista alemán Karl Vossler: “Constituye una extremada rareza encontrar una novela satírica de tan auténtica bondad, que únicamente con risas en vez de herir y matar, lo que hace es dar vida y luz, sanar y conciliar”. (3)

Entre sorna y juego cómplice con el lector, el discurso cervantino recorre escenarios geográficos y sociales de la mano de personajes que han adquirido tal frescura y potencia, que más de uno se ha vuelto arquetípico. Aquel gigante del Siglo de Oro español, que se presenta como “*de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada...*”, que hace mofa de sí mismo (“*los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros*”), es hartamente conocido como el progenitor de aquel hijo parido adulto llamado El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que constituye – lo sabemos – la madurez de la novela moderna, al tiempo de ser también su inicio. Allí, entre otras cosas, Cervantes se adelanta al romanticismo en su opción por lo medieval. La

lucha contra los molinos de viento podría leerse como una resistencia a esa novedad, a ese “progreso” que el caballero nostálgico de valores pasados ve como a un enemigo, un intruso indeseable en las vírgenes llanuras manchegas, recorridas siglos después y sabrosamente descriptas por Azorín, el gran estilista del 98. (4)

Innumerable es lo que se ha escrito acerca de las citadas y otras características de la narrativa cervantina en la inmensa novela que tiene como protagonista al pintoresco caballero de la Mancha, el cual las reúne en sí mismo, en sus actos y en sus discursos. El disparate y las grandes verdades, que acaso los locos las dicen mejor (en su caso, con mayor ingenio en esa fabulosa mixtura de elegancia y afectación que constituye el discurso quijotesco), se entremezclan en una coreografía de símbolos, alusiones, sarcasmos y tipos humanos pocas veces hallados juntos en la literatura. Tanto se ha escrito – decíamos – sobre el Quijote, que preferimos aquí referirnos a otro territorio de la creación del Manco de Lepanto: las Novelas Ejemplares, aquella colección de doce breves narraciones, de temática diversa pero que comparten no pocos rasgos comunes, agrupadas, prologadas y bautizadas por el mismo autor: *“Heles dado nombre de ejemplares, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso; y si no fuera por no alargar este sujeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podría sacar, así de todas juntas como de cada una de por sí. Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar a entretenerse, sin daño de barras: digo, sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan”*.(5) De esta serie, publicada en 1613 e injustamente relegada con demasiada frecuencia, hemos escogido dos obras: Rinconete y Cortadillo, y el Coloquio de los perros.

En todas las Novelas Ejemplares vemos que Cervantes no deja tranquilo al lector. Lo invita a solazarse con sus relatos,

pero a la vez a sacarles algún provecho, como vimos que lo expresa él mismo. Realismo, idealismo, costumbrismo, picaresca, denuncia social, amor y desamor, desengaño, desparpajo, todo eso y más desfila a lo largo de estos graciosos y a la vez desconcertantes relatos. Pues miradas con ligereza y con óptica exclusivamente moralista, pueden turbar al lector puritano muchas de las conductas de sus personajes, protagonista más de uno. Al respecto, el mismo escritor señala:

“Una cosa me atreveré a decirte: que si por algún modo alcanzara que la lección destas novelas pudiera inducir a quien las leyera a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público. Mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano”. (5)

Entretener y aprovechar, deleitar y enseñar, pilares del ideal clásico que enarbola Cervantes. Pero si ensanchamos la comprensión del concepto de “ejemplares”, nuestra visión resultará más clara puesto que saldremos de los límites de lo meramente moral. Como observa Luis Rosales, estas obras *“son, en primer lugar, ejemplares como novelas, y, en segundo lugar, ejemplares moralmente como sucesos”*. (6) A nuestro criterio, los intervinientes de las Novelas Ejemplares no deben ser tomados como personajes alegóricos, como sucede en las fábulas de Esopo, en los Exempla del siglo XIII español o en cualquier otro género de apólogo. O al menos costaría trabajo sostener que lo son. Ni siquiera Berganza y Cipión, los perros del Coloquio. Ellos no solo no pierden su condición canina, sino que son conscientes de ello, y asumen que las dos cualidades de que hacen uso – el raciocinio y el lenguaje – pertenecen en propiedad a la especie humana. No representan tipos humanos. Se yerguen más bien como jueces sin querer de las acciones de las personas que han visto o con las cuales han convivido. El ingenio cervantino acierta al escoger al perro para una finalidad tan apropiada para el efecto que se

propone lograr. ¿Qué otro animal, pues, comparte con el hombre su vida, su trajinar cotidiano, como para erigirse en testigo, delator y juzgador del mismo?

Ahora bien, se señalan como virtudes distintivas de la género humano el raciocinio y el lenguaje, pero se hace a un lado la experiencia que, junto con la memoria, enriquece el lenguaje, el léxico y –desde luego– el pensamiento. Este detalle lo obvia el autor al poner en boca de los perros expresiones impensables en un ser que acaba de adquirir la habilidad de pensar y de hablar. Es decir, los canes se humanizan plenamente: hablan de cifras, de lugares, de medidas, de edades, reproducen textos literarios, cuestionan moralmente a sus amos y llegan al punto de sorprenderse de poder razonar y articular palabras. No obstante, no creemos que haya descuido ni error en Cervantes. Por el contrario, todo eso forma parte del juego literario, pues la literatura por más calco que pretenda ser de la realidad tangible, nunca abandona su aspecto lúdico. El Manco de Lepanto lo sabe muy bien e impone sus reglas a jugar con el lector.

Lo moderno en Cervantes tiene que ver con el estilo, con el tratamiento de los temas. Don Quijote, como personaje en sí, dista mucho de ser un ejemplar de modernidad. Como comentábamos al hablar de la anécdota con los molinos, el anacrónico caballero andante evoca a personajes gloriosos del pasado, habla como ellos, se viste como ellos, y se atribuye el derecho de intervenir donde haya *“agravios que (...) deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer”* (Don Quijote, Cap. II) (1). Es decir, en esa añoranza de una pasada era dorada, aplica la justicia según la modalidad feudal – justicia por mano propia, diríamos hoy en día – en lugar de recurrir a la Santa Hermandad, autoridad con atribuciones policiales constituida por la Monarquía, es decir, por el Estado español. Era la institución moderna que Don Quijote ignoraba sin miramiento alguno.

Contrastan con el ingenuo idealismo del enajenado Alonso Quijano, el rudo realismo de los personajes que pueblan las narraciones aquí escogidas. Según el orden de aparición de la primera edición (1613), Rinconete y Cortadillo es la tercera de las Novelas Ejemplares, y el Coloquio de los perros la número doce, la última después de El casamiento engañoso, tronco del cual sería una rama autónoma y vigorosa. Las tres son ubicadas dentro del marco de la picaresca, pero de una picaresca a lo Cervantes, pues no se ciñe a las exigencias del género ni las de su época.

A partir del modelo italiano, las novelas cortas cervantinas aportan importantes novedades que *“enriquecieron y ampliaron los límites del relato y perfeccionaron las técnicas narrativas”*, como nos dice Ángel Basanta. (6) Precisamente “novela” es el nombre que los italianos daban a las narraciones breves a la manera en que Miguel de Cervantes las compuso. Anteriormente se escribían “consejas” y “patrañas”. Martín Alonso nos recuerda que el escritor madrileño posee con justicia el mérito de ser el creador de la novela corta en España (y en idioma español), como él mismo lo expresa con acierto en el Prólogo a las Novelas Ejemplares. *“A esto se aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi inclinación, y más, que me doy a entender, y es así, que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son traducidas de lenguas extranjeras, y estas son más propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa”*. (5)

Observa Basanta que Cervantes *“concedió más importancia al diálogo y lo empleó con más frecuencia”*. Así también, *“redujo la presencia de elementos fantásticos en pro de la atención a la vida real y a la verosimilitud literaria; libró al relato del tono subido de las narraciones italianas y del peso molesto de digresiones y citas; prestó mayor atención a la psicología de sus personajes y ambientes”*. En definitiva, *“españolizó el género”*. (6) Nada más

cierto, pues la modalidad dialógica acompaña gran parte del transcurso de la narrativa de las Novelas Ejemplares. Tal sucede en el Coloquio de los perros – desde luego, escrito totalmente en diálogos a la manera de una obra teatral – así como en Rinconete y Cortadillo. En ambos casos, los protagonistas se cuentan sus respectivas vidas.

En el Coloquio se evita pues la narración (no hay narrador), lo cual pondrá en no pocos apuros a los taxonomistas literarios, acostumbrados a clasificar las obras en géneros bien delimitados. Entre lo dramático y lo narrativo, las tramas se despliegan en un vaivén de acontecimientos que llegan al conocimiento del lector de la boca de los personajes, de su discurso dialogado. No obstante aparecer dialogada de cabo a rabo, *El Coloquio de los perros* adquiere el derecho de ser incluida en esta colección destinada a la novela corta. El cordón umbilical con *El casamiento engañoso* nos otorga la licencia necesaria para dicha inclusión.

Otro recurso que comparten varias de las Novelas Ejemplares es el de colocar, ya sea mediante un método coactivo como el rapto, o bien a través de la libre opción (como en Rinconete y Cortadillo), a “gente bien” entre rufianes y marginales. En el incesante juego de paradojas, ironías y hasta sarcasmos que pueblan las Novelas Ejemplares, aparecen nobles que hacen de gitanos, aristócratas que se vuelven pastores, estudiantes que pierden la razón. Así también el tema de la honra, tan característico de la literatura aurisecular, se aprecia claramente en La fuerza de la sangre y en Las dos doncellas. De igual modo, la alta estima hacia el abolengo, hacia la cuna noble, se ilustra con maestría en La ilustre fregona, y también en La gitanilla, la noble doncella raptada por gitanos y criada por ellos.

Algo sabía, entonces, Cervantes Saavedra de los sinsabores de la adversidad como para retratar seres enfrentados con la

dureza de la vida desde muy temprano. Por ello manifiesta con acierto Martín Alonso:

“La justicia humana le parecía harto defectuosa, pero no la rebaja al extremo que lo hace Quevedo, ni comparte las soluciones calderonianas sobre el honor”. (3)

En el caso de *El casamiento engañoso*, la honra hubiese impedido el matrimonio entre un modesto pero pundonoroso militar, Alférez Campuzano, con una prostituta, de no haber sido por el embuste del que fuera víctima por parte de la misma. Aquí nos detenemos sencillamente porque – como hemos dicho – este relato constituye la puerta de entrada a nuestro *Coloquio de los perros*, la última novela de la serie. El hilo conductor entre ambas es nada menos que la fiebre ocasionada por – como no es de sorprenderse en esa época – la sífilis, considerada un legado venéreo del Nuevo Mundo a Europa y contra el cual escaseaban el tratamiento y las defensas por su virulencia y novedad en aquellos tiempos de incesante ir y venir de viajeros entre la Península y las Indias, y adquirida por Campuzano de su maquiavélica mujer, la cual la ha abandonado en la ruina; ruina más moral que económica, por cierto, dado que la misma por su parte también había caído en el engaño al huir con unas joyas falsas del militar.

Pues bien, en ese delirio febril surge el relato del soldado al licenciado Peralta, del que se había hecho amigo poco antes. Alférez Campuzano asegura nada menos que haber oído hablar a los dos perros que hacen guardia en el hospital de Atocha, desde el lecho donde se halla postrado. Los canes cuentan pues sus respectivas historias. En una charla informal pero no por ello superficial, Cipión y Berganza comentan a desparpajo y a la vez sin herir, sin mordacidad o acaso con tal sutilidad que ella se oculta detrás de un velo, cuestiones que tienen que ver con la vida de las personas. Con naturalidad y hasta con candor, estos

canes señalan los defectos humanos, y también sus bondades. Lo hacen a través de la anécdota – es verdad – pero detrás de la sencillez del intercambio verbal de experiencias vividas, emergen el retrato de mentalidades, los estamentos sociales, la pintura de una época, y por encima de todo eso, la reflexión acerca del hombre y la sociedad de todos los tiempos. En otras palabras, un diálogo cínico, pero empleado el término no en el sentido que llegó a adquirir en la actualidad, sino en el originario (o por ahí cerca), que se remonta a aquella escuela iniciada en Grecia por Antístenes de Atenas en el cuarto siglo antes de Cristo, y más precisamente, emulando a los diálogos cínicos de Luciano de Samosata (Samosata, Siria, c. 125 - ¿Atenas?, 192) (8)

El Coloquio de los perros ha de ser leído, pues, en clave cínica. El cinismo entendido como crítica a la Polis, a las contradicciones del mundo de las apariencias que pueblan los aconteceres y habitantes de la ciudad, es decir, del mundo civilizado, organizado, institucionalizado. Del todavía entonces joven “mundo moderno”.

La novela *Rinconete y Cortadillo* tiene como protagonistas a dos ladronzuelos: Pedro del Rincón y Diego Cortado, dos jóvenes pillos, huidos ambos de sus respectivos lugares de origen, uno tras haber sido expulsado de la Corte y el otro por hallarse fastidiado de vivir en su pueblo. Los chicos se encuentran, se conocen y deciden enfrentar la vida juntos, para lo cual viajan a Sevilla. Allí se incorporan a una asociación delictiva al mando de Monipodio. A través de las peripecias tanto experimentadas como narradas por ellos y otros personajes, nos enteramos del modus vivendi, los valores, los códigos morales y hasta lingüísticos (las germanías) que rigen aquel submundo de rufianes. “Y, porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo antes que me lo pregunten. Sepan voacedes que cuatrero es ladrón de bestias; ansia es el tormento; rosnos, los asnos, hablando con perdón; primer desconcierto es las primeras vueltas de cordel que

da el verdugo". (5) Monipodio, jefe de la cofradía, brinda protección a sus miembros, vela por el cumplimiento de las reglas internas y se relaciona con la Autoridad cuando así conviene a sus intereses. Los ladrones mantienen la lealtad al grupo y al jefe a cambio de los beneficios que reciben al hacerlo, pues de otra manera estarían librados a su suerte y no podrían ejercer su "oficio" con garantía y libertad en la populosa Sevilla del siglo XVI.

El Rinconete abunda en pequeñas narraciones hechas por los personajes, que si bien interrumpen el relato, lo matizan, lo enriquecen y hasta lo sustituyen en interés en ciertos momentos. Las acciones narradas, no obstante, no desembocan necesariamente en un desenlace. Los protagonistas, Cortado y Rincón, quedan a menudo como meros testigos de lo que sucede a su alrededor, o de lo que cuentan que ha sucedido. Tales relatos matizan todos los momentos de la novela y le dan carne, le dan consistencia. Gitanos, clérigos, estudiantes, delincuentes, alguaciles, escribanos y vagabundos desfilan por los estrados de los implacables jueces caninos del Colloquio, como también de los poco escrupulosos zagales tutelados por Monipodio. Nada extraño por cuanto que la picaresca es realista, cualidad no del todo novedosa en la literatura española. Baste recordar el verismo del poema del Mío Cid, aquel cantar de gesta del siglo XII que inaugura la gran épica peninsular en lengua castellana, que mantiene la mayor fidelidad al hecho histórico y evita toda intervención de seres divinos o fantásticos, que sí aparecen en poemas similares de la época. (9)

¿Estamos ante pícaros por opción en Rinconete y Cortadillo? Probablemente. Ambos han huido en busca de libertad y se creen libres. "*Yo pensé -dijo Cortado- que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala; y que si se paga, es por junto, dando por fiadores a la garganta y a las espaldas*". (5) Libres de impuestos, libres de ejercer su oficio. Sin embargo, aceptan y acatan

sin protestar la autoridad del jefe del hampa. Respetan las normas instituidas (robar en determinada área, un jefe por zona, etc.), acaso para acomodarse, sin torcer realmente la vara de su autonomía, de su autodeterminación. Es la lógica del pícaro, que no discute reglas, ni realidades, sino que se adapta a ellas y procura sacar para sí el máximo provecho en pos de su permanencia y supervivencia.

Por otro lado, nuestros pícaros emplean la palabra para engañar con una maestría que no nos debe dejar de maravillarnos por parte de un adolescente, como diríamos hoy (Cortadillo tiene catorce años). Los chicos obligados a vérselas solos o casi solos en la vida “maduran” antes que los demás. Tales pasajes constituyen a su vez una llamada de atención acerca del poder persuasivo y embaucador del lenguaje. *“...y allí le comenzó a decir tantos disparates, al modo de lo que llaman bernardinas, [a]cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas sin concluir jamás razón que comenzase, que el pobre sacristán estaba embelesado escuchándole. Y como no acababa de entender lo que le decía, hacía que le replicase la razón dos y tres veces. Estábale mirando Cortado a la cara atentamente y no quitaba los ojos de sus ojos. El sacristán le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras; este tan grande embelesamiento dio lugar a Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faldriquera...”* (5) Los pícaros de Cervantes no son pesimistas. No hay en ellos más fatalismo que la aceptación resignada o tal vez sensata de una realidad que se presenta así, de determinado modo, y que no le deja al paria otra alternativa que adaptarse y buscar las ventajas que pueda sacar de su condición.

Otro tema interesante que aborda nuestro célebre autor madrileño es la modalidad que adquiere la religiosidad en aquellos bajos fondos urbanos. *“Quisiera yo, hijo, apartarme deste pecado, y para ello he hecho mis diligencias: heme acogido a ser hospitalera; curo a los pobres... Rezo poco y en público, murmuro*

mucho y en secreto. Vame mejor con ser hipócrita que con ser pecadora declarada: las apariencias de mis buenas obras presentes van borrando en la memoria de los que me conocen las malas obras pasadas. En efeto, la santidad fingida no hace daño a ningún tercero, sino al que la usa. Mira, hijo Montiel, este consejo te doy: que seas bueno en todo cuanto pudieres; y si has de ser malo, procura no parecerlo en todo cuanto pudieres. Bruja soy, no te lo niego". (5) Quien así se explaya es la bruja Cañizares, personaje de no poco peso en El Coloquio. El fatalismo se hace presente en esta mujer bajo el ropaje del sarcasmo y de esa rara habilidad de efectuar reflexiones teológicas forzadas a modo de justificación de sus actos. ¿Falsa religiosidad? ¿Hipocresía tal vez, o más bien sinceridad? ¿Valores trastrocados? Cervantes penetra así en el terreno de la intimidad religiosa, en ese sempiterno conflicto entre un ideal (cristiano en este caso) y la dura lucha por la vida. *"(...) la costumbre del vicio se vuelve en naturaleza; y este de ser brujas se convierte en sangre y carne (...); y así, dejándose estar sumida en la profunda sima de su miseria, no quiere alzar la mano a la de Dios, que se la está dando, por sola su misericordia, para que se levante. Yo tengo una destas almas que te he pintado: todo lo veo y todo lo entiendo, y como el deleite me tiene echados grillos a la voluntad, siempre he sido y seré mala".* (5)

Algo similar observamos en Rinconete: *"-¿Es vuesa merced, por ventura, ladrón? -Sí -respondió él-, para servir a Dios y a las buenas gentes, aunque no de los muy cursados; que todavía estoy en el año del noviciado. A lo cual respondió Cortado:*

-Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente.

A lo cual respondió el mozo:

-Señor, yo no me meto en tologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio a todos sus ahijados.

-Sin duda -dijo Rincón-, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan a Dios.

-Es tan santa y buena -replicó el mozo-, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa o limosna para el aceite de la lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los días pasados dieron tres ansias a un cuatrero que había murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario, así las sufrió sin cantar como si fueran nada. Y esto atribuimos los del arte a su buena devoción, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo". (5)

El rufián que así se expresa ante los nóveles delincuentes agrega: *"Tenemos más: que rezamos nuestro rosario, repartido en toda la semana, y muchos de nosotros no hurtamos el día del viernes, ni tenemos conversación con mujer que se llame María el día del sábado". (5)*

Toda esta pintura, tan fresca, de mentalidades y valores que nos presentan de una manera espontánea y si se quiere ingenua estos seres rústicos en su mayoría, no debe hacernos creer que el novelista adopte una postura reivindicativa del pobre, del marginado. Antes bien, se limita a retratar los tipos humanos, desde los bajos fondos, sin juzgar aparentemente su conducta. En este punto hay excepciones, no obstante, como cuando se refiere a los gitanos. *"Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones y, finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes a todo ruedo; y la gana del hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte". (La gitanilla)*

Pocas dudas pueden haber acerca de la antipatía que genera en el excautivo de Argel esta "subcultura", como diríamos hoy. Con todo, el tratamiento que hace de los temas sociales y psicológicos dista mucho del abordaje de la novela realista decimonónica, sobre todo la francesa. Cervantes mantiene en todo momento el tono amable y el humor deli-

cado que lo caracteriza. “No se olvide, para poder comprender a Cervantes”, advierte en ese sentido Garciasol “que era poeta, que tenía el privilegio de transformar el dolor en canción, de ser feliz con nada, de sonreír”. (7) Basten estas ráfagas de consideraciones para llamar la atención del público lector hacia una hermosa colección de narraciones, las Novelas Ejemplares, tan cortas como interesantes, deliciosas y provechosas, dignamente representadas aquí por dos de ellas que empleamos como muestra, pero eclipsadas por la celebrísima historia del grotesco hidalgo de la Mancha. Miguel de Cervantes nos plantea, pues, un coloquio interminable, que dura ya cuatrocientos años y más. La crítica y la reflexión siempre actuales sobre una sociedad cambiante y a la vez recurrente; el retrato de época que puede traducirse con nuevos ropajes, y una invitación a acompañar por las incommensurables llanuras de la hispanidad literaria a este fabulador como no han visto “los pasados siglos, ni esperan ver los venideros”. (5)

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO, Martín. Historia de la Literatura Mundial. Tomo II. Edaf. Madrid, 1986. 1321 pp.

ANÓNIMO, Poema del Cid. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1947. 275 pp.

AZORÍN, La ruta de Don Quijote. Losada. Buenos Aires, 1974. 143 pp.

BASANTA, Ángel. Cervantes y la creación de la novela moderna. Anaya. Madrid, 1992. 96 pp.

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. Alfaguara. Asunción, 2010. 1253 pp.

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. Novelas Ejemplares. Edimat. Madrid, 2002

CORTÁZAR, Julio. Rayuela. Introducción de Andrés Amorós. Cátedra. Madrid, 1984.

GARCÍASOL, Ramón de. Claves de España: Cervantes y el “Quijote”. Espasa-Calpe. Madrid, 1969. 259 pp.

SAMOSATA, Luciano de. Diálogos de tendencia cínica. Editora Nacional. Madrid, 1976. 295 p.